

ma de subsidios, y bien entendido, no en forma de empréstitos con base comercial.

El mayor mérito del libro de Horowitz consiste en la actualidad de los problemas abordados, en la aptitud del autor para presentar estos problemas sin ningún prejuicio, de una manera no dogmática, y, no obstante la complejidad del tema, en una forma muy clara y generalmente entendible. Ciertamente, el libro no es para el especialista familiarizado con el tema que ya ha sido objeto de investigación por destacados científicos. Sin embargo, justamente por su carácter no altamente especializado, es ideal para el profano interesado. Sin atomizar los problemas, David Horowitz logró presentar una anatomía integral de nuestro tiempo.

ROBERT K. FURTAK,
de la Universidad de Heidelberg

ARVID BRODERSEN, *The Soviet Worker. Labor and Government in Soviet Society*. New York, Randon House, 1966. 278 pp.

Han pasado casi cincuenta años desde que se inició la revolución bolchevique de octubre. Durante todo ese tiempo, la estructura social de Rusia (desde 1928 la Unión Soviética) ha experimentado cambios decisivos. En el curso de la industrialización, la cual comenzó en 1928, la proporción de los obreros, de la cifra total de la población económicamente activa, ascendió del 15% en 1928 al 44% en 1955. En vista de esta transformación se imponen los interrogantes relativos al origen social y a la estratificación de los obreros, así como los que se refieren al ambiente de trabajo, al salario, a la actitud frente al trabajo, a los hábitos de vida y los referentes a la relación social de los obreros, en nombre de quienes y para cuya salvación, un puñado de intelectuales hizo estallar la primera revolución basada en el pensamiento marxista. Mas sobre todo, cuán interesante resulta la respuesta a la pregunta de cuál es el peso político de los obreros en un régimen que se calificó a sí mismo como una dictadura del proletariado y en la actualidad, desde 1961, se autodefine como "Estado de todo el pueblo", bajo la dirección de un "partido de todo el pueblo". Pero en virtud de la escasez de estudios sociales empíricos en la Unión Soviética, debida a la ideología; en vista también de las pocas posibilidades de información y de la disimulación de la realidad

social por parte de los dirigentes soviéticos, cuán enorme difícil resulta la respuesta a estos interrogantes y a muchos otros similares.

Arvid Brodersen, tratando el tema bastante ampliamente, se propuso hallar respuesta a muchas de las preguntas aún pendientes de resolver o, por lo menos, plantear los problemas. En un resumen histórico investiga qué fuerza y acontecimientos dieron origen y forjaron al obrero soviético actual; expone la suerte del obrero en los primeros años del poder soviético cuando en vez de convertirse en dueño de las empresas confiscadas se transformó en un instrumento impotente del partido del Estado, destino que tuvieron también los sindicatos. 1940 es el año en que se llega al punto más bajo en la privación de derechos a los obreros, cuando por ley fueron obligados a someterse a una disciplina de trabajo muy rígida y con la amenaza de penas altísimas les fue prohibido cambiar libremente su lugar de trabajo —leyes que, sin embargo, fueron abolidas en 1965—. Por otra parte, el ingreso real del obrero se aumentaba sobre todo mediante numerosas prestaciones sociales, aun cuando no puede saberse con precisión qué monto del dinero destinado a estos fines redundaba en su beneficio exclusivo. Según Brodersen, los privilegios de los obreros disminuyeron, en comparación con otras capas sociales de la población, en el período de 1928 a 1954, si se toma en cuenta que durante ese lapso el número de ellos aumentó considerablemente.

Resultan de particular interés los capítulos sobre la situación de los obreros en la estructura social total de la Unión Soviética y sobre su posición dentro del sistema político. El criterio para determinar estos dos puntos anteriores es en alto grado su relación con la *intelligentzia*, es decir, con aquella parte heterogénea de la población calificada por los soviéticos como *proshloyka* (capa intermedia), la cual comprende tanto burócratas y empleados de hotel como directores de fábricas y los más altos funcionarios del partido y del Estado. Es significativo para esta relación la capilaridad y movilidad sociales: no se ponen límites al afán de ascender, en virtud de la necesidad enorme de fuerza de trabajo calificada; además, como lo demuestra Brodersen (pp. 185 y ss.), este afán se fomenta mediante el prestigio social más alto de que gozan, sobre todo algunos miembros de la *intelligentzia*, como son los médicos, científicos y profesores, pero también los maestros obreros encargados de la supervisión. El sistema soviético de educación concede a cada obrero la posibilidad de reunir los prerrequisitos para un ascenso social mediante la apropiación de conocimientos, si bien también

es cierto que la reforma de la educación, de diciembre de 1958, subraya el valor del trabajo manual. No pretenden salvar la diferencia que existe entre trabajo manual y trabajo intelectual mediante una eliminación completa del primero, lo cual probablemente no sería posible ni aun mediante una mecanización y automatización completas, sino que lo pretenden tratando de llegar a una situación en la que cada miembro de la sociedad soviética tenga los conocimientos y habilidades suficientes para hacer frente a cambiantes necesidades de trabajo.

En su investigación de la composición social de la clase obrera soviética, Brodersen llega a la conclusión de que ésta tiene tres características que la distinguen de la clase obrera en otros países industriales. Primera, la gran desigualdad social dentro de la clase en virtud de la existencia de una "aristocracia obrera" mimada por el gobierno, la cual está alejada de la masa de los obreros, lo que trae consigo una falta de solidaridad; segunda, la alta proporción de trabajo pesado no calificado; y, tercera, la fragmentación de la clase obrera en su conjunto. En vista de esta fragmentación y de la falta de conciencia de clase que de ella resulta, Brodersen se pregunta si aún es legítimo seguir hablando de una *clase* obrera soviética (p. 197) y señala, con razón, que no bastan los conceptos tradicionales para interpretar la sociedad soviética y que es difícil exponer otros nuevos, debido al escaso conocimiento de los factores sociales relevantes en la Unión Soviética.

El ascenso social, que casi no tiene barreras sociales (de clase, de raza, de religión —excluyendo el perjuicio que en ocasiones se causa a los judíos—) es significativo porque éste y el acceso a posiciones de poder son interdependientes. Aun cuando se ignora la cifra exacta de los obreros reales, es decir, aquellos que trabajan directamente en la producción industrial, que forman parte de los cuadros directivos del partido, se puede suponer que este número no es elevado, debido a que una posición alta en el partido trae como consecuencia generalmente la pérdida del *status* del obrero. Ahora bien, en 1962, los obreros constituían solamente el 17,5% de los miembros del partido y si tomamos en cuenta que en 1959 formaban el 45% de la población económicamente activa, tenemos que concluir que estaban subrepresentados en el partido.

El método de Brodersen, de analizar la posición del obrero soviético en el punto de intersección de las premisas ideológicas con el desarrollo histórico, en el espejo de la estructura social y política; y su juicio cuidadoso y equilibrado, hacen que su libro sea una aportación meritoria a la literatura "soviológica".

ca". Pero este libro muestra también qué estrechos son los límites de un estudio sociológico cuando tiene que apoyarse en datos oficiales que a menudo esconden la realidad, y cuando tiene que fundarse en apreciaciones en lugar de conocimientos exactos obtenidos empíricamente, lo cual se pone de relieve, por ejemplo, cuando se intenta determinar la proporción de los obreros en la estructura social del PCUS, durante un prolongado período.

Brodersen tuvo que dejar varias cuestiones sin una respuesta exhaustiva. Sin embargo, las abordó, las acentuó, las expuso a la discusión y las enmarcó en amplios contextos. Puede suponerse que los investigadores occidentales que vuelvan a tomar estos temas, encontrarán el camino más fácil; quizá no tanto porque se les permita realizar investigaciones de campo, sino por los trabajos de los sociólogos soviéticos, quienes en el curso del desacalambramiento ideológico han empezado a investigar, entre otras, cuestiones tales como el ambiente en una empresa como causa de la fluctuación de obreros. La realidad de la sociedad soviética, cada vez más diferenciada; el deseo de continuar la edificación económica, sin problemas sociales que la obstaculicen; y el afán de los científicos soviéticos de lograr un conocimiento no ligado por cadenas ideológicas, tendrán probablemente, como consecuencia, que nuestro saber sobre el obrero soviético sea mayor que el que tenemos hoy, asimismo el que tenemos del campesino soviético (el *koljosnik*) y de otras capas de la sociedad industrial soviética.

ROBERT K. FURTAK,
de la Universidad de Heidelberg

CELSE FURTADO, *Subdesarrollo y estancamiento en América Latina*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1966, 136 pp.

Aunque está redactado en lenguaje accesible, este pequeño libro requiere del lector una cuidadosa atención porque la exposición de los temas desarrollados por el autor es un análisis penetrante de gran variedad de fenómenos interdependientes. En la complejidad de sus consideraciones, quizá pueda resumirse la opinión del autor respecto al subdesarrollo y estancamiento en América Latina a lo que según él constituye el remedio: "La política de desarrollo concebida como una estrategia para modificar una estructura económica y social, sólo puede existir en